

c-2
Distr.
RESTRINGIDA

LC/R.714
21 de noviembre de 1988

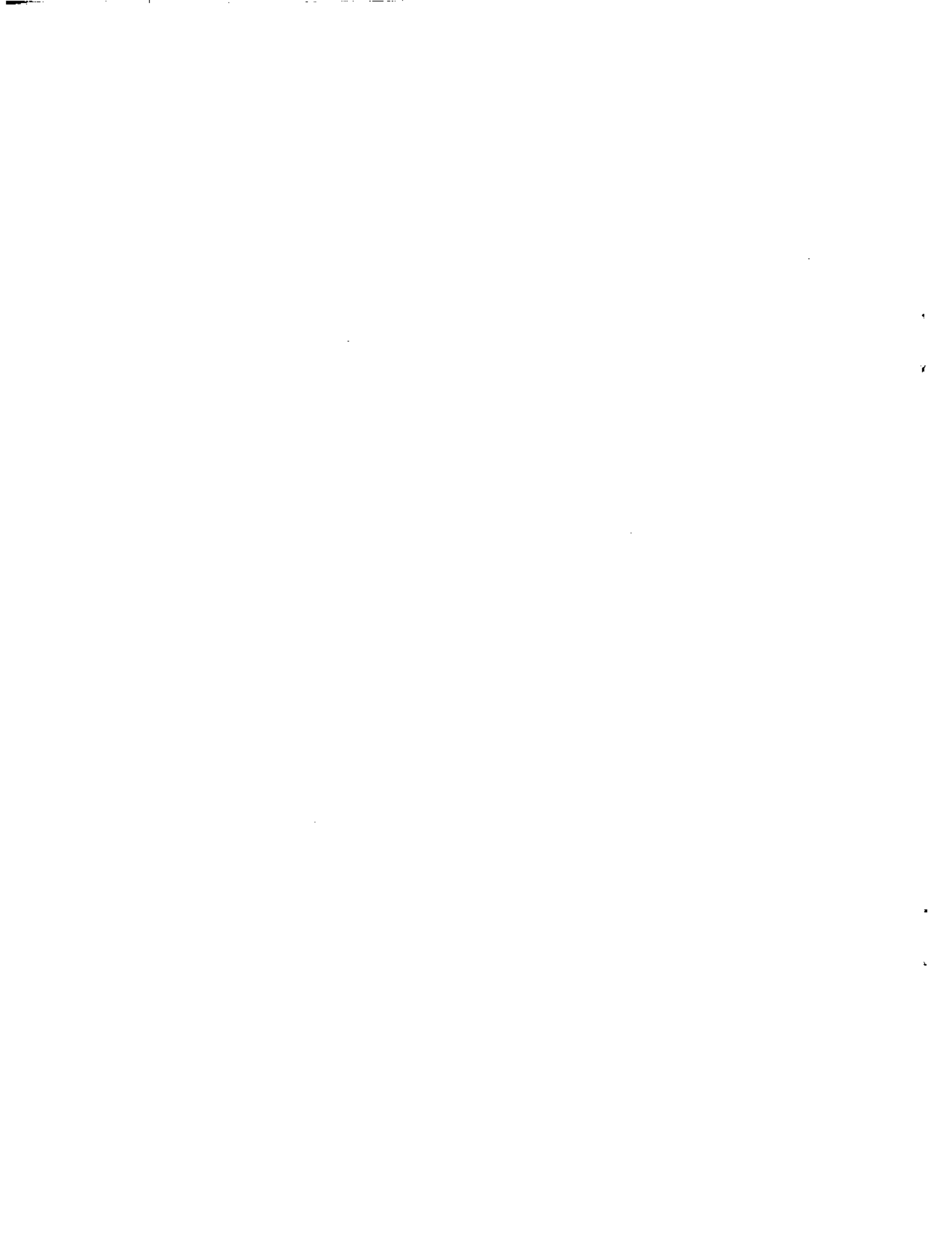
ORIGINAL: ESPAÑOL

C E P A L
Comisión Económica para América Latina y el Caribe

CAMBIOS EN LA ESTRUCTURA Y LOS ACTORES SOCIALES */

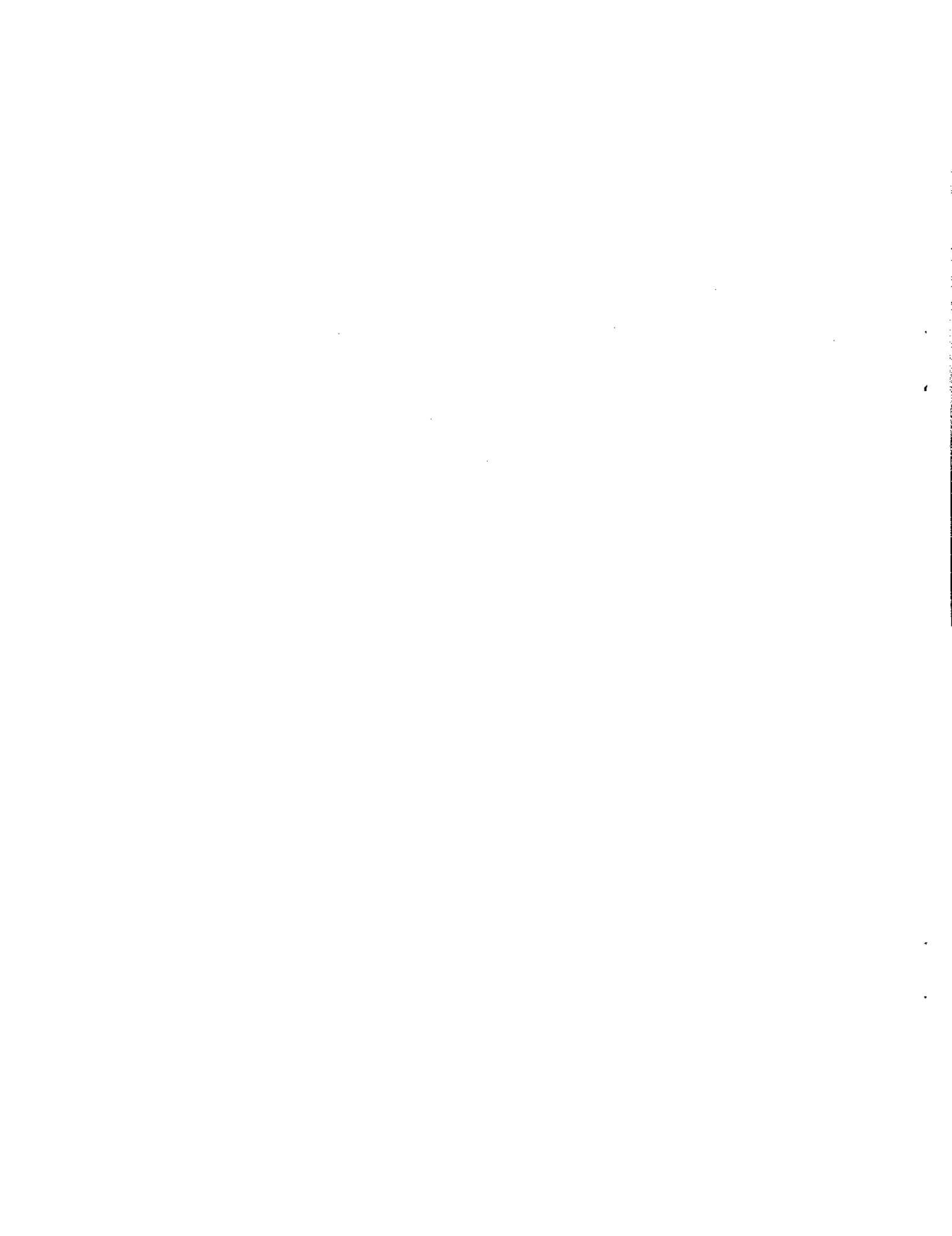
*/ Versión revisada de la exposición del señor Carlos H. Filgueira, en el Seminario sobre "Cambios en los estilos de desarrollo en el futuro de América Latina" realizado en Santiago de Chile entre el 1° y el 3 de diciembre de 1987, en homenaje a don José Medina Echavarría. Las opiniones expresadas en este documento son de la exclusiva responsabilidad de su autor y pueden no coincidir con las de la Organización.

Este trabajo no ha sido sometido a revisión editorial.



Indice

	Página
RESUMEN.....	1
INTRODUCCION.....	1
I. LA CUESTION DE LAS CLASES MEDIAS EN MEDINA ECHAVARRIA.	2
II. ¿QUE MOVILIDAD Y QUE CLASES MEDIAS?.....	5
III. LAS TRANSFORMACIONES RECIENTES.....	7
IV. HETEROGENEIDAD ESTRUCTURAL Y SEGMENTACION.....	10



RESUMEN

El examen de los actores sociales requiere tomar en consideración las transformaciones que ellos han sufrido a causa de los cambios en la estructura social.

Las transformaciones que han tenido lugar en la región han incidido con fuerza en la modalidad y estratificación de los distintos grupos sociales. Se ha asistido a un fraccionamiento de la estructura social, a procesos de diferenciación creciente y una mayor heterogeneidad estructural. Es percibible una cierta crisis de identidad compartida en muchos grupos sociales, sobre todo en la esfera del trabajo. Ciertos elementos determinantes de identidades colectivas como la ocupación, la educación y los niveles de ingreso, que aparecían estrechamente asociados, se combinan hoy en día de modo muy diverso.

La rapidez y amplitud de estos cambios no sólo ha alterado de manera muy significativa la estructura de estratificación social y las posibilidades de movilidad, sino también fragmentado a los grupos sociales, quebrando identidades y mecanismos de cohesión. Pareciera plausible sostener que tales circunstancias no favorecen la toma de conciencia que le reclamaba Medina a los actores sociales.

INTRODUCCION

Esta exposición se refiere al presente y futuro de la movilidad social en América Latina. El interés en este tipo de estudios sobre la estratificación y movilidad sociales tuvo su auge a fines de los años cincuenta y comienzo de los sesenta. Fruto de las motivaciones y paradigmas dominantes en aquellos momentos, una serie de estudios y programas de investigación reflejaron el interés de parte de la comunidad académica latinoamericana en el desarrollo del tema. Este interés se puso de manifiesto con la realización de un estudio comparativo internacional que cubrió las ciudades de Santiago, Buenos Aires, Sao Paulo y Montevideo.

A este esfuerzo contribuyeron tanto investigadores individuales, entre los cuales no puede desconocerse el aporte fundamental de Gino Germani, como también diversas instituciones latinoamericanas, en particular el Centro de Pesquisas de Rio de Janeiro y la FLACSO, ambas dentro del programa de desarrollo de las ciencias sociales de la UNESCO. Un capítulo aparte lo constituye el trabajo desarrollado por esta Organización, por la División de Desarrollo Social de la CEPAL y por el ILPES (Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planificación Económica y Social).

Es cierto que a este interés central sucedió otro en el cual el tema de la estratificación y movilidad social prácticamente "desapareció" de las principales motivaciones de los científicos sociales. Lo hizo, sin embargo, de una forma un tanto particular. Como enfoque específico fueron pocos los trabajos dedicados a la movilidad y estratificación como tópicos centrales y únicos de indagación. Pero el tema no "desapareció" y mantuvo su interés en múltiples trabajos sectoriales focalizados en otros temas en donde las variables de estratificación y movilidad adquirieron el carácter de variables independientes o explicativas de otros fenómenos; por ejemplo, podemos citar estudios referidos a comportamiento reproductivo, migraciones, política, y más recientemente, respecto a la educación y el cambio técnico.

Como excepción es necesario mencionar que una visión específica y continua de las transformaciones estructurales, de la movilidad y de la estratificación, se mantuvo en los informes regulares de la División de Desarrollo Social de la CEPAL.

No viene al caso discutir aquí las razones de esta pérdida relativa de la importancia otorgada al tema. Apenas es suficiente constatar el hecho y señalar que hoy nos enfrentamos con carencias importantes respecto al estado de la situación en América Latina.

En parte estas carencias pueden ser compensadas por alguna información --siempre fragmentada y parcial-- que se ha generado en la región a partir más de estudios aislados, que de programas o proyectos con continuidad desarrollados en los últimos años. En particular, tengo presente estudios como los de Martínez y Tironi para analizar los efectos del modelo autoritario sobre cambios estructurales en Chile, los estudios de N. Do Valle Silva, J. Pastore y P. Singer de Brasil, o los trabajos realizados por L. Beccaria sobre la Argentina. Desde la División Social de la CEPAL hemos contribuido también a este esfuerzo, iniciando a mediados de la década de 1970 una serie de trabajos comparativos de América Latina (Filgueira y Geneletti) que luego tuvieron continuidad dentro de la misma División.

Estos son los antecedentes. En rigor, no son mucho, no presentan una amplia cobertura ni tampoco ofrecen toda la información necesaria. No obstante, es ciertamente la única base desde la cual desarrollar esta exposición y aventurar algunas conjeturas prospectivas.

I. LA CUESTION DE LAS CLASES MEDIAS EN MEDINA ECHAVARRIA

Me parece oportuno entrar al tema a través de la obra de José Medina Echavarría y la importancia siempre presente en su

pensamiento en torno a los procesos de movilidad y consolidación de las clases medias en América Latina. Existen al respecto, dos obras de referencia imprescindibles: su libro Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico, y el fruto de una tarea colectiva de la División, El desarrollo de América Latina en la postguerra. En ambos trabajos, la cuestión de la movilidad social y de la estratificación están siempre presentes y muy en particular con respecto a la formación y papel que cumplen las clases medias; algunas veces incluidas bajo el rótulo de "clases emergentes" o bien como los "nuevos grupos urbanos".

¿Por qué ese interés en las clases medias? Creo percibir tres razones. En primer lugar, la búsqueda tendiente a identificar los actores dinámicos capaces de asumir el papel protagónico del desarrollo económico-social. El clima intelectual y académico del momento descansaba en el supuesto de la existencia de ciertos portadores de un proyecto societal capaz de imponerlo a toda la sociedad. En segundo lugar, la indiscutible influencia intelectual de la obra de J. Johnson acerca del papel que desempeñaron las clases medias en los países capitalistas más avanzados. Por último, las evidencias de que ese papel, en el mejor de los casos, no había tenido la misma importancia o simplemente estuvo ausente en la conformación de las sociedades latinoamericanas.

La paradoja desde la que partirá Medina Echavarría se resume muy simplemente en la negación de la hipótesis de Johnson: México y Brasil como sociedades con escasas y apenas incipientes clases medias mostraban un dinamismo muy superior a la Argentina y Uruguay, a pesar de que estas últimas habían logrado conformar, tanto en volumen como en su estructura, "clases medias modernas".

El argumento, en esencia, comprende tres dimensiones. La primera se refiere a la cultura burguesa que acompaña el nacimiento y desarrollo de las clases medias en los países centrales (voluntad de creación económica, orientación a la acumulación, capacidad innovativa, importancia atribuida a la ciencia y la tecnología, aceptación del riesgo, principio de competencia y eficacia). Las bases culturales están pues estrechamente asociadas a la imagen típica ideal del empresario schumpeteriano y descansan en valores culturales centrados en la ética del trabajo como valor fundamental. La segunda, referida a la independencia y reclamo de autonomía del Estado como forma de imposición que opera desde la sociedad civil. La tercera, en torno a otro núcleo de valores: voluntad de transformación social, confianza en el progreso, igualdad y libertad, y el desarrollo de la personalidad como valor central. Adicionalmente, un fuerte énfasis colocado a los valores humanistas, al cual no es ajeno el papel atribuido a la educación.

Pero si el paradigma individualizante de esta constelación cultural pudo serlo el empresario, no se trataba apenas de las más notorias figuras o funciones sociales. En rigor, la caracterización antes señalada comprendía a todo el grupo de las "clases medias", cualquiera fuera su importancia en la jerarquía social.

Para Medina Echavarría existe una dimensión aparente y otra real de la asimilación indiscriminada de las clases medias en los países latinoamericanos con relación a los centrales. Lo aparente es el fenómeno de movilidad social y consolidación de posiciones sociales típicas de clase media que se registra en la región a través de un proceso bien conocido (urbanización, modernización productiva, transformaciones sectoriales, educación, etc.). Lo real, en cambio, apunta a la cultura y las formas de inserción de las nuevas clases medias con relación al Estado y a los sectores tradicionales ya consolidados.

En lo político, porque los nuevos actores se integrarán a un sistema fuertemente prebendario, cuando no abiertamente patrimonialista. En lo económico, por cuanto las clases medias no adoptan una postura radical, sino atenuada, en donde no se reconoce un conflicto frontal con las clases altas tradicionales en torno a las fuentes de poder económico y que se manifestará en última instancia en un perfil característico de "clases medias domesticadas". La querrela del capitalismo, que caracterizó el conflicto en los países centrales, si no llega a estar totalmente ausente en la región, no es sin embargo la que determinará la tónica de su nacimiento y consolidación. Por último, en lo social, se trata de una burguesía tardía, amparada por un Estado de bienestar, beneficiaria de una amplia gama de seguridades sociales provenientes del Estado y que desarrollará una actitud y comportamiento ambiguo con respecto al sector tradicional y a los nuevos sectores proletarios y populares.

Hecho el diagnóstico, su respuesta será, como ya fue señalado por A. Gurrieri, una exigencia --no exenta de un fuerte voluntarismo-- que demanda de las clases medias recuperar una ética nunca lograda. En palabras de Medina Echavarría:

"...la clase media necesita un estímulo a fondo de sus impulsos vitales para afrontar todas las responsabilidades que sobre ella recaen, afán de superación, capacidad de inventiva, aceptación del riesgo, goce de la empresa por la empresa misma y por lo que ella significa para el bien común, requiere aceptar una nueva disciplina, si quiere ganar por su ejemplaridad, por el modelo de sus valores morales el respeto a la cooperación de todas las clases sociales en la tarea común, en una palabra, necesita recuperar en los momentos actuales, algo de lo que fue su imagen idealizada quizá y hoy desvanecida, de sus tiempos heroicos en los países más avanzados."

II. ¿QUE MOVILIDAD Y QUE CLASES MEDIAS?

Las referencias precedentes deben necesariamente ser contextualizadas. Recordemos que se está hablando del año 1963, o principios de los años sesenta. ¿Cuáles eran, en verdad, las clases medias a las que se hacía referencia entonces? El mismo autor anotará dos características que, si bien no desarrolla, son altamente sugerentes para iniciar el análisis; una de ellas se refiere al interrogante del volumen relativo de las nuevas clases medias, la otra referida a su heterogeneidad.

Si nos detenemos en algunas pocas cifras, queda en claro que la América Latina de los años sesenta --más específicamente de la información disponible en los años sesenta, correspondiente a la década de 1950-- arrojaba como resultado un volumen relativo de clases medias notoriamente reducido. Algunos países de la región apenas alcanzaban a un 7 u 8% de sectores medios; el promedio para la región no debía superar una cifra del orden del 12 al 15% de estos sectores, en tanto que sólo dos países se aproximaban a un 20% (Chile y Costa Rica) y solamente el Uruguay y la Argentina registraban una presencia de clases medias similar o próxima a la existente en algunos países europeos. Del orden de un 35%.

En cuanto a la heterogeneidad, también parecen pertinentes las reservas del caso. El proceso de movilidad transicional, apenas en sus inicios, evidenciaba la superposición de las viejas y nuevas clases medias, las primeras atadas o subalternas respecto de la matriz oligárquica o las estructuras tradicionales, y las segundas, "emergentes" asociadas a la diferenciación estructural, al crecimiento del Estado y a la modernización de la economía. Autonomía en oposición a dependencia, carácter residual versus carácter emergente, ascenso y cristalización en oposición a reducción y pérdida de centralidad, dan como resultado una configuración transicional de la conformación de la estructura de estratificación a la que no son ajenas las clases medias.

Pero si la heterogeneidad y el reducido volumen de las clases medias pudieron en ese momento poner en duda la existencia de un protagonismo teóricamente esperado de acuerdo con la matriz constitutiva de los países centrales, el proceso ulterior mostrará una tendencia a la bifurcación en ambas dimensiones. Las clases medias en América Latina crecen, pero a la vez se hacen más heterogéneas. Este es tal vez el punto de partida de mayor interés para discutir los procesos más recientes de la movilidad social en la región.

Durante los 25 años que median entre el momento actual y los dos libros mencionados, a nadie escapa que la magnitud de la transformaciones estructurales en Latinoamérica han sido de gran envergadura. La movilidad social, en rigor, no acompañó este proceso de transformación, fue parte constitutiva del mismo. Por

otra parte, si son reconocibles mutaciones profundas en este período, ello se debió más a la sucesión de eventos que a procesos continuos, pero fue transformación al fin. El caso de Chile es apenas un ejemplo en este fenómeno que se registró en toda la región. La sucesión de los períodos de Alessandri, Frei, Allende y actualmente del régimen militar significó sucesivas marchas y contramarchas, vigencia de "modelos" diferentes y antagónicos, discontinuidades profundas en materia de política social y económica, pero su resultante fue indudablemente la conformación de una estructura social que poco tiene que ver con la que veinticinco años antes conocíamos.

Tenemos dos maneras de ver la interacción y efectos recíprocos entre la movilidad social y la sociedad en su conjunto. Por una parte, los clásicos tópicos que preocuparon a los investigadores de la estratificación y movilidad sociales. Cabe aquí un grupo de preguntas referidas al grado de movilidad existente en una sociedad, su dirección, sea ascendente o descendente, sus componentes, según se trate de movilidad inducida por cambios estructurales o por la permeabilidad de la estructura social, el grado de rigidez, medido por el rango de movilidad dominante, y así por delante. Estas eran las preguntas básicas que trataban de responderse dentro de los paradigmas dominantes, en el supuesto implícito de que: a) una movilidad ascendente es favorable para las pautas de integración societal y para la disminución potencial del conflicto social, y b) que si la movilidad se basaba principalmente en el componente "permeabilidad" de la estructura social, se estaba en presencia de las condiciones más favorables --menos coyunturales-- que aseguraban un principio de competencia --beneficio y castigo-- de acuerdo con pautas meritocráticas sustentadas en el logro. De allí existía apenas un paso para percibir en la educación el principal componente capaz de estimular la movilidad social.

Pero también existe otra aproximación posible que implica otras preguntas. Me refiero a la mención reiterada que ha merecido en esta reunión la cuestión de la heterogeneidad, diferenciación creciente, pérdida de paradigmas y fracaso de interpretaciones dadas como obvias o por lo menos como cuerpos de ideas articuladas que existieron en el pasado reciente, pero no ahora. M. Wolfe, en su exposición hacía una referencia expresa a la crisis de los modelos interpretativos y al fraccionamiento y ruptura del monolitismo de los enfoques y percepciones de la realidad, sea en el campo de las ideas, de la política o de los paradigmas científicos. Creo que es posible establecer cierto paralelismo no necesariamente reduccionista, entre la dimensión estructural y la que se coloca propiamente al nivel de las ideas.

Las transformaciones en la estratificación social y la movilidad, así como los cambios estructurales que acompañan la emergencia de nuevos sectores y grupos sociales se presentan cada vez más con efectos de disgregación y diferenciación estructural.

El punto más notable es tal vez la ruptura o el quiebre de situaciones vitales compartidas por amplios sectores de la población, las dificultades de cristalización de nuevas identidades y, por sobre todo, la pérdida relativa de la centralidad del trabajo y la esfera laboral como elemento nucleador esencial de esas identidades. No me refiero con ello apenas a las asincronías o desajustes crecientes entre la esfera educacional, ocupacional, de los ingresos, o de la dimensión étnica, aspectos éstos suficientemente conocidos. El consumo, los estilos de vida, la proliferación de áreas de igualdad en torno a nuevos issues, el Estado como generador de nuevos intereses, las identidades generadas desde la sociedad civil, todos ellos son parte de una gradual complejidad de las formas de sociabilidad y no menos importante complicación y obsolescencia de los marcos interpretativos tradicionalmente aceptados. A ello no son ajenos las transformaciones estructurales a que aludíamos. Es probable que hayamos avanzado bastante más de lo que creemos en superar un mecanicismo directo entre la dimensión estructural y la de las ideas, pero en todo caso aún no está claro cuáles son las relaciones entre ambas dimensiones, cuál la autonomía de lo político y de la ideología con relación a lo estructural y cómo se relaciona a ello la visión de las ciencias sociales.

III. LAS TRANSFORMACIONES RECIENTES

Brevemente, y a riesgo de reiterar conceptos bien conocidos, conviene hacer referencia inicialmente a los principales patrones de cambio que incidieron en la movilidad social en la región. Estas últimas décadas se caracterizaron por mutaciones profundas que afectaron en términos de movilidad no sólo a individuos sino a grupos sociales o, más precisamente, a categorías sociales. La movilidad geográfica ha sido muy elevada y prácticamente todas las sociedades latinoamericanas pasaron de ser sociedades predominantemente agrícolas para transformarse en sociedades urbanas. Las tendencias seculares de transformación sectorial de la economía continuaron expulsando población rural, al punto que la región se constituyó en el contexto internacional de más rápida urbanización. Por su parte, el sector industrial creció a un ritmo lento --por lo menos en términos de ocupación-- aunque también contribuyó a generar nuevos sectores bajos urbanos antes inexistentes en la mayor parte de los países de la región. Por último, las incipientes clases medias de fines de la década de 1950 conocieron una transformación radical por el surgimiento de nuevas ocupaciones en el sector terciario medio y alto, asociadas al crecimiento industrial, por incremento de las funciones y atribuciones del Estado, de los sistemas educativos en expansión y de las funciones asociadas a la burocracia.

Como regla general, todos estos procesos confluyeron en incentivar la movilidad social ascendente, al abrir posiciones de nivel alto, o relativamente más alto que las que se redujeron o virtualmente desaparecieron. Ciertamente que estas mutaciones no

dejaron de acompañarse de movilidad descendente, aunque en el balance entre ambos efectos fue el primero el que primó. En los grandes números, la pirámide de estratificación social tendió a reducirse en su base, para ampliarse en los niveles medios y medios altos de la escala.

El segundo proceso fue sin duda menos visible, aunque sus consecuencias fueron igualmente importantes para favorecer el mismo tipo de movilidad que la inducida por cambios estructurales. La población en la región se multiplicó en forma importante en apenas 20 años. Pero ese crecimiento se debió a contribuciones proporcionalmente diferentes según los estratos sociales. Cuanto más bajo el nivel social, mayor fue su contribución al crecimiento poblacional. Aproximadamente, los sectores rurales bajos duplicaron a los medios en su reproducción interna y, como consecuencia, las sucesivas generaciones tendieron a generar más hijos provenientes de clases de origen bajo que de origen más alto. Como resultante, existió --y aún persiste-- una movilidad social inducida por razones de los diferenciales demográficos. En el caso extremo, en la hipótesis de una movilidad estructural igual a cero --inmovilismo de la estructura ocupacional durante un período determinado-- existirá una movilidad ascendente si se cumple: a) que los diferenciales de fecundidad se asocien negativamente a la estratificación social (mayor crecimiento poblacional cuanto más bajo el nivel social); y b) si las tasas de participación de la población en la actividad económica se mantienen constantes o no decrecen. Ciertamente, ambas condiciones han estado presentes durante este período, resultando como consecuencia que al efecto movilidad estructural se agregó el efecto movilidad demográfica. Su agregación, al reforzarse mutuamente las pautas de movilidad, hace de ambos procesos el componente más importante del ascenso social experimentado en la región.

Otros factores contribuyentes corresponden a pautas que también no aparecen con mayor visibilidad. En particular el fenómeno migratorio internacional tuvo como consecuencia --en algunas sociedades-- contribuir en el mismo sentido antes mencionado. Aquellos países que expulsan población de niveles medio y alto y a la vez absorben migrantes de origen bajo, presentan una movilidad ascendente que no se manifiesta en los montos relativos, como ocurre en la movilidad estructural. Argentina, por ejemplo, viene manifestando desde hace algunas décadas un proceso emigratorio de personal calificado (de nivel bajo, medio y alto; recuérdese a propósito el fenómeno del brain-drain), a la vez que tradicionalmente ha incorporado migrantes de origen bajo --en actividades rurales, y de servicios-- provenientes de Chile, Bolivia y Paraguay.

Por último, la movilidad de reemplazo, individual, es un fenómeno recurrente en todas las sociedades, aunque su magnitud varía considerablemente según países. Este tipo de movilidad de

carácter suma-cero registra el grado de permeabilidad de la estructura social mediante un proceso de intercambio y troca de posiciones entre individuos que ascienden y descienden.

La contrastación de dos casos, con todo lo arbitrario que supone, permite tipificar situaciones polares. Por un lado, Brasil como sociedad de crecimiento "tardío" y rápido. Por otro, Uruguay, que si bien comparte rasgos similares a la Argentina, es tal vez el caso más extremo. Lo que en estos dos países se constituyó en una transformación lenta y gradual, desarrollada a lo largo prácticamente de todo el siglo, en el Brasil está ocurriendo en apenas unas pocas décadas. Si se observan las cifras del Censo de Brasil para el año 1970, la migración y los movimientos poblacionales de tipo rural-urbano y urbano-urbano, indicaban que casi las dos terceras partes de la población censada estaba residiendo en lugares diferentes al lugar de nacimiento. En sólo diez años, una tercera parte de la población se había desplazado geográficamente a otro Estado o Municipio. Cuando se observan las matrices de movilidad entre padres e hijos, Brasil evidencia que casi el 60% de los hijos ocupan posiciones diferentes a las de sus padres. La mayor parte de esa movilidad es debida a cambios estructurales y a efectos demográficos, siendo que la movilidad de reemplazo o de tipo suma-cero es más reducida. Como consecuencia, del total de individuos móviles socialmente, un 80% ha experimentado una movilidad ascendente, y sólo un 20% descendente.

Desde el punto de vista ocupacional, Brasil aparece como una sociedad en movimiento y con amplios canales para el ascenso social.

En contraste con Brasil, Uruguay y Argentina se encuentran en una situación mucho más próxima a la de los países más desarrollados. De alguna forma, aunque no completa, realizaron el ciclo de reducción de los sectores rurales a la vez que de crecimiento de los sectores medios. Los procesos estructurales que inducen la movilidad estructural se encuentran relativamente congelados y los canales de movilidad ocupacional, esclerosados. En un estudio realizado en el año 1983 para el Uruguay se encontraba apenas una movilidad debida a razones estructurales del orden del 7%, siendo que parte de la misma correspondía a movilidad descendente. En ambos casos la movilidad total es explicada predominantemente por procesos de reemplazo o circulación, dependiendo los mismos del grado de permeabilidad de la estructura social. Como es sabido, en estas circunstancias, el peso de la movilidad ascendente y descendente es relativamente equivalente y no existe, como en Brasil, una neta dominante del ascenso ocupacional.

Con respecto a los otros órdenes de la estratificación considerados como de mayor relevancia, cabe apenas una mención sobre aspectos ya conocidos.

Respecto a la educación, estamos sin duda en presencia del orden institucional que se ha expandido con mayor velocidad. Ha crecido, pero a la vez lo ha hecho en forma desigual. Cuanto más alto el nivel educativo, mayor la tasa de expansión. Ciertamente que las diferencias por países han sido importantes, aunque no es éste el punto en que queremos detenernos. Faletto ha señalado por ejemplo para Chile que a nivel terciario se reconocen procesos contradictorios, un crecimiento pronunciado de la matrícula y luego una caída. Casi todos los países han conocido ciclos de esta naturaleza, pero la resultante final no parece estar en cuestión y parece seguir la pauta general anotada.

También ha sido diferente la modalidad de expansión: en algunos países lo hizo acompañado de una creciente privatización, en otros sobre la base de la enseñanza pública.

Con referencia a los ingresos, en cambio, se está en presencia de uno de los órdenes institucionales de mayor rigidez. Dentro de una pauta esencialmente concentradora y elitaria, el comportamiento de los ingresos se encuentra rezagado en relación con la educación y las transformaciones en la estructura ocupacional.

Cuando se consideran conjuntamente ambas dimensiones, queda en evidencia esta pauta. En un estudio para Argentina, Honduras, Chile, Panamá, México y Costa Rica, fue posible detectar una configuración consistente en la cual la proximidad entre los grandes agrupamientos efectuados sobre la base de la educación evidenciaba distancias entre grupos prácticamente de la misma magnitud. No ocurría lo mismo con la dimensión ingresos, en donde cuanto mayor el nivel del agrupamiento, más grandes las distancias.

O bien la configuración se ajustaba a un perfil de proletarización de las clases medias --en particular la clase media dependiente--, o bien a la hipótesis de una aproximación de los sectores bajos a los medios en términos educacionales, y su distanciamiento en relación a los ingresos.

En principio, podría argumentarse de lo expuesto que existe cierta confluencia tendiente a cristalizar situaciones vitales compartidas aunque no en los términos clásicos de estratos homogéneos, sino como perfiles altamente inconsistentes de status.

IV. HETEROGENEIDAD ESTRUCTURAL Y SEGMENTACION

Cuando se introducen otros factores en el examen, caben algunas dudas legítimas respecto a la cristalización de posiciones recién señalada. En rigor, la probabilidad de cristalizar amplios

sectores sociales con situaciones compartidas no depende apenas de la educación, ingresos y ocupación, tal como se define ésta en términos de una escala jerárquicamente ordenada.

Una distinción adicional radica en el carácter formal o informal de la actividad. Está demostrado que la informalidad ha crecido en la región y que sus determinantes han cambiado. Tal como lo registran las experiencias de los países más desarrollados y lo muestran los estudios de Italia, España y diversas ciudades de los Estados Unidos (por ejemplo Miami, Nueva York y Los Angeles), el fenómeno de la informalidad no parece reducirse a las situaciones características del cuentapropismo y la marginalidad. Nuevas formas de relacionamiento del capital y el trabajo han dado lugar a la presencia de una rearticulación del sector informal por parte del formal, dando lugar a formas de subcontratación, putting-out system, y modalidades afines, que han reforzado la tendencia a la informalización, contribuyendo a incentivar una mayor heterogeneidad en el ámbito laboral, en las identidades colectivas y en las formas de solidaridad predominantes.

Adicionalmente, otros factores contribuyen en el mismo sentido: la creciente feminización de la población económicamente activa, la distinción cada vez más marcada de los sectores tradicionales y modernos asociados ahora fuertemente a las orientaciones de los mercados interno y externo, el impacto del cambio técnico y de la revolución científico-tecnológica, el carácter público o privado de la empresa productiva y la transnacionalización generalizada en la órbita económica. Se podría afirmar, en consecuencia, que por detrás de la aparente homogeneidad generada por configuraciones estables de grandes agregaciones de individuos, la heterogeneidad está presente en múltiples combinaciones de estos últimos factores, que tienen como resultante una segmentación y fraccionamiento de las situaciones vitales compartidas. A ello no son ajenas tampoco las esferas no productivas y en particular la presencia del Estado, ya sea a través de las políticas de seguridad social--anticipadas por Medina Echavarría--, las clientelas del Estado derivadas de nuevos programas y de su interpenetración con la sociedad civil y la expansión y estratificación del sistema educativo.

Este último aspecto es sin duda uno de los más importantes elementos de heterogeneidad. La proliferación de colegios y universidades privadas, el prestigio diferencial de las unidades educacionales, los costos asociados a la calidad de la educación y al valor diferencial de los títulos, se constituyen en nuevos elementos de ruptura de ciertos niveles de igualdad que en algunos países de la región fueron en otros tiempos dominantes.

Para finalizar, quisiera avanzar algunas conjeturas en torno a estas tendencias y los posibles escenarios futuros. En verdad

es poco lo que sabemos de lo que ha venido ocurriendo en la región ya sea en términos de la heterogeneidad como de las identidades y solidaridades que derivan de las pautas de diferenciación y movilidad social. Si no cabe duda que el sistema de estratificación se ha modificado sustancialmente, no sabemos a ciencia cierta en qué sentido lo ha hecho.

Es necesario diferenciar simplifícadamente dos casos polares. En un extremo, países como Uruguay o Argentina parecen enfrentar los problemas propios del agotamiento de los procesos de movilidad estructural y demográfica. En el otro extremo, Brasil ejemplifica el dinamismo propio de su fase de transformación estructural. En principio esto parecería indicar una situación más favorable en el último que en los primeros. No obstante ello, un examen más detenido de la movilidad en Brasil muestra, en rigor, la otra cara de la movilidad que anotó Do Valle Silva. Cuando se analiza la movilidad ocupacional en el Brasil, dejando de lado los efectos inducidos por los cambios estructurales y quedándonos solamente con la movilidad de circulación o reemplazo, el panorama es otro y nada positivo, por cierto. No sólo la movilidad se reduce abruptamente cuando se congelan los cambios estructurales, sino que la probabilidad de una movilidad ascendente de "distancias largas", se reduce considerablemente.

Si los cambios estructurales que experimentó Brasil en los últimos 20 años permitieron que los individuos ascendieran a categorías jerárquicamente mucho más distantes a las correspondientes a los padres, estas distancias se estrechan si no hubiera existido una transformación estructural. La movilidad entre las posiciones manuales y no manuales prácticamente se anula, reduciéndose a mecanismos de autorreclutamiento dentro de cada uno de estos dos grandes estratos. En otras palabras, quienes tienen un origen manual --o bajo-- no pueden superarlo. La permeabilidad de la estructura social es extraordinariamente baja, más baja incluso que en las sociedades que se encuentran en el otro polo. En consecuencia, si no se tratara de un ejercicio analítico y si de una realidad de detenimiento o pérdida de dinamismo del cambio estructural, la situación de Brasil sería aún más comprometida que la de Argentina y Uruguay. Agregado a ello el carácter marcadamente elitario de la distribución del ingreso, la configuración resultante se vuelve por demás problemática.

Por otra parte, y a pesar de que la expansión educacional, no alcanza los niveles de Argentina y Uruguay, no por ello deja de estar generando una situación potencial similar a la de estos países. Podría afirmarse que el problema de la sobreeducación relativa ya es, desde hace algunas décadas, un componente crónico en estas sociedades. El Uruguay, por ejemplo, registra un número de médicos del orden de los 9 000, cuando en relación con la población esto significa parámetros más que suficientes y

satisfactorios de acuerdo con las estimaciones de los organismos internacionales competentes. Pero aquellos países relativamente más rezagados están avanzando a ritmo acelerado y generando situaciones que en pocos años más presentarán problemas similares y aún más graves que en aquellos. Ecuador tiene más estudiantes matriculados en la enseñanza terciaria que obreros industriales y sin llegar a extremos de este tipo, son muchos los países de la región en donde la sobreeducación sigue las mismas pautas.

Termino, para no abusar del tiempo, con una breve mención a un último aspecto no desarrollado hasta ahora. Como todos sabemos, la movilidad social se desarrolla en un contexto que le otorga sentido. Para que se pueda hablar de estratificación y movilidad es necesario el supuesto que de alguna forma y con mayor o menor grado de consenso social existe una evaluación mínimamente compartida acerca de los valores que están en juego y que hacen unas posiciones más deseables que otras. En rigor, todos los procesos que hemos expuesto brevemente hasta aquí tienen apenas consecuencias en los términos planteados. Además de las mutaciones, cambios y tendencias señaladas, es necesario preguntarse por los marcos de referencia evaluativos y el horizonte de orientación de grupos, sectores sociales e individuos. La respuesta es según creo, el desconcierto y la ruptura de imágenes y percepciones dadas como evidentes en momentos anteriores. Probablemente hasta hace algunos años existían, equivocadamente o no, imágenes claras acerca de la estructura y estratificación social, metas legítimamente constituidas para la movilidad, canales --eficientes o no-- percibidos como válidos para el ascenso social.

Muchas cosas han cambiado y tal vez a modo de inventario conviene recordar los efectos del cambio técnico, la obsolescencia de los saberes específicos, su baja pervivencia en el horizonte temporal de la vida activa de los individuos, el desajuste permanente entre demandas ocupacionales y saberes, el desempleo ya no friccional sino estructural (tampoco tradicional, sino moderno), el recurso a la necesidad de reciclaje permanente y los fenómenos asociados a ello en la esfera de las ideas, identidades y solidaridades.

Han cambiado también las relaciones de trabajo en la esfera de la unidad productiva, burocrática, educativa, etc., y la introducción de la informática y la robótica viene teniendo como consecuencias más notorias el quiebre del modelo fordista y de la organización y jerarquía interna del trabajo. Estos problemas no son de los países desarrollados exclusivamente. Están entre nosotros, son parte de las transformaciones más recientes de América Latina, aunque no se visualicen como tales, ni hayan comenzado aún a ocupar un lugar central en el conflicto sociopolítico, ni las respuestas económicas los incorporen como problema.

Apenas una observación parcial. En estudios que realizamos en el Uruguay sobre el cambio técnico, empleo y educación, es notorio que si bien no se trata de una sociedad altamente innovativa en materia tecnológica, la magnitud de la problemática asociada a la introducción de nuevos equipos no es nada despreciable y tenderá a incrementarse. Un análisis del sector textil, financiero y gráfico, mostró que el desempleo, la no correspondencia de saberes específicos en relación con la demanda, el desconcierto del mercado de trabajo, los recursos a la reducción de personal o la supresión de cargos, que no reponen los puestos de quienes se retiran, es ya un proceso recurrente y que va en aumento.

No parece probable que en este contexto tenga lugar una rápida cristalización de nuevos marcos de referencia para la acción, como tampoco un fácil consenso alrededor de ciertos valores centrales que orienten una percepción compartida de las jerarquías sociales y de los mecanismos para desenvolverse en ellas. Aparentemente, por mucho tiempo la incertidumbre y la anomia serán la tónica dominante. Es éste, en última instancia, el centro desde el cual poder desarrollar una estrategia de conocimiento que nos permita en otra oportunidad afirmar algo más categórico al respecto.

